

Los reyes sacerdotes de Gor

John Norman

Traducción:
María Otero González



Libros publicados de John Norman

CRÓNICAS DE LA CONTRATIERRA

1. El guerrero de Gor/ El proscrito de Gor
2. Los reyes sacerdotes de Gor

Próximamente:
3. *Nomads of Gor*

Título original: *The Priest Kings of Gor*
Primera edición

© John Norman, 1968, published by La Factoría de Ideas in arrangement with the author, c/o BAROR INTERNATIONAL, INC., Armonk, New York, U.S.A.

Ilustración de cubierta: Calderón Studio

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2011, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-589-9 Depósito legal: B-6148-2010

Impreso por Liberdúplex S. L. U.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 2

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24, Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a **informacion@lafactoriadeideas.es**, que indique claramente:

INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

La feria de En’Kara

Soy Tarl Cabot, otrora habitante de la Tierra, y los reyes sacerdotes saben de mi existencia.

A finales del mes de En’Kara, en el año 10.117 de la fundación de la ciudad de Ar, llegué a la sala de los reyes sacerdotes, en las montañas Sardar del planeta Gor, nuestra Contratierra.

Había llegado cuatro días antes a lomos de mi tarn hasta la negra empalizada que rodea las temidas Sardar, esas oscuras montañas, coronadas de hielo, consagradas a los reyes sacerdotes, prohibidas para los hombres, los mortales, para todas las criaturas de carne y hueso.

Tuve que desensillar y dejar en libertad a mi tarn, mi colosal montura similar al halcón, pues no podía acompañarme a las montañas Sardar. Había intentado que sobrevolara la empalizada para llevarme hasta ellas, pero nunca más volveré a intentarlo. El tarn se había visto bloqueado por una barrera invisible, imposible de evadir, sin duda una especie de campo magnético que no podía ser traspasado y que le había afectado de tal forma —probablemente a su oído interno— que había perdido el control y había caído al suelo, desorientado y confuso. Ninguno de los animales de Gor, que yo supiera, podía adentrarse en las montañas Sardar. Solo los hombres podían, y no regresaban.

Sentí mucho tener que liberar al tarn, pues era un ave majestuosa, poderosa, inteligente, fiera, valerosa y leal. Y, por raro que pueda parecer, creo que yo le importaba. Al menos a mí sí me importaba. Solo con bruscas palabras logré que mi tarn marchara y, cuando desapareció en la distancia, desconcertado, dolido quizá, rompí a llorar.

No estaba muy lejos de la feria de En'Kara, una de las cuatro grandes ferias que acontecen bajo la sombra de las montañas Sardar durante el año goreano, y pronto me hallé caminando lentamente por la larga avenida central entre carpas, casetas, puestos, pabellones y demás recintos de la feria, hasta llegar a la elevada puerta de troncos negros de madera ensamblados con latón tras la cual se alzaban las montañas Sardar, el santuario de los dioses de este mundo, conocidos por los hombres que viven a la sombra de las montañas, los mortales, como los reyes sacerdotes.

Me detuve brevemente en la feria, pues tenía que comprar comida para el viaje a las Sardar y debía confiar un paquete envuelto en cuero a algún miembro de la casta de los escribas, un paquete que contenía la historia de lo que había acontecido en la ciudad de Tharna durante los últimos meses, un breve relato de sucesos de los que consideré necesario dejar constancia escrita.¹

Deseé haber podido pasar más tiempo en la feria, pues en otro momento y en otras circunstancias habría examinado con entusiasmo sus mercancías, bebido en sus tabernas, conversado con sus mercaderes y acudido a las competiciones y combates, ya que esas ferias son territorio neutral para las numerosas, competitivas y hostiles ciudades goreanas, y proporcionan prácticamente la única oportunidad para que los residentes de las distintas ciudades se reúnan de manera pacífica.

¹ Sin duda alguna se trata del manuscrito que posteriormente fue publicado con el título *El proscrito de Gor*. De la afirmación de Cabot se deduce que, cuando escribí esto, desconocía la suerte que había corrido el manuscrito. A propósito, el título *El proscrito de Gor* no es mío, ni tampoco de Cabot. Quizá debería también mencionar que ese es el caso asimismo del título del primer libro, *El guerrero de Gor*, y del presente libro, *Los reyes sacerdotes de Gor*. Por algún motivo, Cabot nunca titula sus manuscritos. Quizá no los considere tanto libros como notas o historias personales, escritas tanto para sí mismo como para otros. La historia de cómo llegó a mi poder el manuscrito de *El proscrito de Gor* precede al libro que, al igual que los demás, he tenido el privilegio de editar. Baste decir que el manuscrito presente, al igual que los demás, me fue entregado por mi amigo, y en la actualidad mi abogado, Harrison Smith. Smith tuvo el placer de conocer personalmente a Cabot en Nueva Inglaterra algunos años atrás y posteriormente se reencontró con él durante un breve periodo de tiempo en la ciudad de Nueva York hará poco más de un año. Nuestro primer relato de la Contratierra, *El guerrero de Gor*, le fue confiado a Smith por el propio Cabot, que poco después desapareció. Este manuscrito, el tercero, fue recibido, según Smith, en prácticamente las mismas e inusuales circunstancias que el segundo, circunstancias que él tuvo la amabilidad de describir en un prólogo incluido en dicho volumen. Solo lamento no haber tenido nunca el placer de conocer a Cabot en persona. Tarl Cabot existe, por supuesto que sí. Sé que existe, o que existió. En la medida en que me ha sido posible, he hecho por verificar toda la información de que disponía. Existe un Tarl Cabot que responde a la descripción de estos relatos, un hombre que creció en Bristol, que estudió en Oxford y enseñó en un pequeño *college* de Nueva Inglaterra tal como figura en el primer libro, y que posteriormente alquiló un apartamento en Manhattan. Todas las fechas concuerdan con los relatos del primer y segundo libro. En resumen, todo aquello que podía confirmarse ha sido confirmado. Respecto a lo demás, solo disponemos de los manuscritos del propio Cabot, de cuya existencia supe gracias a Smith, y que podemos creer o no. -J. N.

No es de extrañar, pues, que las ciudades de Gor respalden la celebración de ferias. En ocasiones se trata del único lugar donde las disputas territoriales y comerciales pueden resolverse de manera amistosa sin que esto suponga la pérdida del honor; se trata de plenipotenciarios de ciudades en guerra que se topan de manera aparentemente accidental en las carpas de seda.

Asimismo, los miembros de castas tales como las de los médicos y los constructores se valen de las ferias para la difusión de información y técnicas entre sus hermanos de casta, tal como dictan sus códigos, a pesar incluso de que sus respectivas ciudades sean hostiles entre sí. Y, como cabría de esperar, los miembros de la casta de los escribas se reúnen en ellas para debatir, examinar y comerciar con manuscritos.

Mi amigo Torm de Ko-ro-ba, de la casta de los escribas, había acudido a las ferias cuatro veces en toda su vida. Me contó que en ese tiempo había rebatido a setecientos ochenta escribas de cincuenta y siete ciudades diferentes, pero yo no respondo de la veracidad de tal afirmación, pues en ocasiones sospecho que Torm (al igual que la mayoría de los miembros de su casta, y de la mía) tiende a ser un tanto optimista en la narración de sus numerosas victorias. Además, nunca me han quedado demasiado claros los términos en los que se adjudican las disputas de los escribas, y no es raro ver a ambos discutidores abandonar el campo de batalla plenamente convencidos de que cada uno de ellos ha sido el vencedor. En cuanto a mi casta, la de los guerreros, resulta más sencillo saber quién se ha impuesto, pues el derrotado a menudo yace herido o muerto a los pies del vencedor. En las competiciones de escribas, sin embargo, la sangre que se derrama es invisible y los valientes enemigos se retiran en orden, denostando a sus adversarios, y para recuperar fuerzas con miras al siguiente día de campaña. Nada tengo que objetar a las luchas entre escribas; más bien, se las recomiendo a los miembros de mi propia casta.

Echaba de menos a Torm y me pregunté si volvería a verlo, vilipendiando a los autores de polvorientos rollos, tirando el tintero de su escritorio con la manga de su vestidura azul, abalanzándose sobre la mesa apoderado de una furia animal mientras denunciaba a uno u otro escriba por redescubrir por sí mismo una idea que ya había aparecido en un manuscrito de cien años de antigüedad conocido por Torm, por supuesto, pero no por el desafortunado escriba en cuestión, frotándose la nariz con la vestidura, estremeciéndose, volviéndose a sentar de nuevo para acercar los pies al omnipresente brasero lleno a reventar de carbón que siempre ardía bajo su mesa, entre montañas de restos de comida y pergaminos, independientemente de cuál fuera la temperatura exterior.

Supuse que Torm podría estar en cualquier parte, pues los habitantes de Ko-ro-ba habían sido dispersados por los reyes sacerdotes. No intentaría buscarlo en la feria, y si estuviera allí tampoco le daría a conocer mi presencia, pues era voluntad de los reyes sacerdotes que los hombres de Ko-ro-ba no pudieran volver a estar juntos, y yo no deseaba en modo alguno poner en peligro a mi amigo escriba. Gor sería un lugar mucho más pobre y triste sin sus febriles excentricidades; la Contratierra no sería la misma sin el beligerante y desmesurado Torm. Sonreí para mis adentros. Si me encontrara con él, sabía que me impondría su presencia e insistiría en que lo llevara a las montañas Sardar, aunque supiera que aquello supondría su muerte, y yo tendría que atarlo con sus vestiduras azules, tirarlo a un barril de lluvia y escapar. Quizá sería más seguro arrojarlo a un pozo. Torm se había caído en más de una ocasión a un pozo y a nadie que lo conociera le resultaría extraño encontrárselo farfullando en el fondo de uno.

Las ferias se rigen por la ley mercante y se financian por el alquiler de las casetas y el gravamen impuesto a los productos que allí se intercambian. Las instalaciones comerciales de las ferias, desde el cambio de divisas a la banca en general, son de las mejores que conozco en Gor, a excepción de las que se encuentran en la calle pecuniaria de Ar. Se aceptan cartas de crédito y se negocian préstamos, a menudo con tipos de interés usurarios, con aparente y temeraria indiferencia. Quizá no se trate de algo tan desconcertante, pues las ciudades goreanas hacen cumplir la ley mercante dentro de sus muros cuando lo consideran pertinente, incluso contra sus propios ciudadanos. Si no fuera así, las ferias estarían cerradas a los habitantes de esa ciudad.

Las competiciones y combates que tienen lugar en las ferias son, como cabría esperar, pacíficos, o quizá debería decir mejor que no contemplan el combate con armas. Es más, se considera un delito contra los reyes sacerdotes manchar un arma de sangre en las ferias. Los reyes sacerdotes parecen mostrarse más tolerantes con el derramamiento de sangre en otras localidades.

Los combates con armas, combates hasta la muerte, si bien no pueden celebrarse en las ferias, no son para nada desconocidos en Gor, e incluso son bastante populares en algunas ciudades. Los combates de este tipo, en los que a menudo participan delincuentes y soldados de fortuna venidos a menos, ofrecen como premio oro y amnistías, y son habitualmente auspiciados por hombres acaudalados para ganarse la aprobación de la población de sus ciudades. En ocasiones esos hombres son mercaderes que buscan con ello asegurarse la buena voluntad para con sus productos; a veces se trata de profesionales de la ley que esperan influir en los votos de un jurado; también

se encuentran entre ellos ubares o iniciados supremos que consideran conveniente mantener entretenida a la muchedumbre. Tales combates, a muerte, eran muy populares en Ar, por ejemplo, auspiciados por la casta de los iniciados, que se consideraban intermediarios entre los hombres y los reyes sacerdotes, aunque dudo mucho que sepan más sobre ellos que el resto de los mortales. Cabe mencionar asimismo que estos combates fueron prohibidos en Ar cuando Kazrak de Puerto Kar se convirtió en el administrador de esa ciudad. Esa medida no fue muy bien recibida entre la poderosa casta de los iniciados.

No obstante, me alegra poder decir que los combates de las ferias solo ofrecen luchas en las que la muerte no está permitida. La mayoría de los combates y competiciones consisten en pruebas de velocidad, fuerza y destreza con la ballesta y la lanza. Otras competiciones de interés son aquellas en las que se enfrentan poetas e instrumentistas de distintas ciudades en los diversos teatros de los que dispone la feria. Yo tuve un amigo, Andreas de la ciudad desértica de Tor, perteneciente a la casta de los poetas, que en una ocasión había declamado y cantado en la feria y había ganado una gorra llena de oro. Y probablemente no sea necesario añadir que las calles de la feria están llenas de malabaristas, titiriteros, músicos y acróbatas que, en zonas alejadas de los teatros, compiten por los discotarns de cobre de las multitudes, turbulentas y asfixiadas de calor.

Muchos son los objetos que se venden en la feria. Pasé junto a vinos, tejidos y lana bruta; sedas y brocados; objetos de cobre y cerámica vidriada; alfombras y tapices; trastos viejos, pieles, cuero, sal, armas y flechas; monturas y jaeces; aros y brazaletes y collares; cinturones y sandalias; lámparas y aceites; medicinas, carnes y granos; animales como los fieros tarns (las monturas aladas de Gor) y tharlariones (lagartos domesticados) y largas cadenas de abatidos esclavos, hombres y mujeres.

Aunque nadie podía ser esclavizado en la feria, los esclavos podían venderse y comprarse dentro de los límites del recinto y los traficantes de esclavos lograban grandes ganancias, solo superadas quizá por las alcanzadas en la calle de las Marcas de Fuego de Ar. Esto no solo se debe a que la feria supone un mercado excelente para mercancías tales, pues hombres de numerosas ciudades entran y salen con total libertad de la feria, sino a que todo goreano, sea hombre o mujer, debe ver las montañas Sardar, en honor a los reyes sacerdotes, al menos una vez en la vida, antes de su vigésimo quinto cumpleaños. En consecuencia, los saqueadores y proscritos que controlan las rutas comerciales para tender emboscadas y atacar las caravanas que se dirigen a la feria, cuando logran llevarlas a buen término, a

menudo se encuentran con algo más que metales y telas inanimadas como recompensa a sus despiadados trabajos.

Esa peregrinación a las montañas Sardar, impuesta por los reyes sacerdotes de acuerdo con la casta de los iniciados, sin duda desempeña un papel importante en la distribución de bellezas entre las ciudades hostiles de Gor. Si bien los hombres que acompañan la caravana a menudo mueren defendiéndola o huyen, ese destino, afortunado o no, rara vez es el de las mujeres de la caravana. Su triste sino es ser desnudadas y portar los collares y brazaletes de las esclavas, obligadas a seguir a los carros a pie hasta la feria y, en caso de que los tharlariones hayan muerto o huido, a cargar con los objetos a sus espaldas. Uno de los efectos prácticos del mandato de los reyes sacerdotes, de hecho, es que toda joven goreana debe, al menos una vez en la vida, abandonar los muros de su ciudad y correr el grave peligro de convertirse en una esclava, probablemente en el botín de un saqueador o de un proscrito.

Las expediciones que salen de las ciudades están fuertemente custodiadas, pero los saqueadores y los proscritos pueden unirse y en ocasiones, lo que es más peligroso todavía, son los guerreros de una ciudad los que asaltan las caravanas de otras ciudades. Esa es, por cierto, una de las causas más frecuentes de las guerras entre ciudades. Y el hecho de que los guerreros de una ciudad porten a veces durante los ataques insignias de otras ciudades hostiles a las suyas no hace sino aumentar las sospechas y agudizar los conflictos que aquejan a las ciudades goreanas.

Todos aquellos pensamientos se agolparon en mi mente al contemplar que algunos hombres de Puerto Kar, una salvaje y violenta ciudad costera situada en el golfo de Tamber, estaban mostrando una lastimosa cadena de veinte jóvenes recién marcadas, muchas de ellas hermosas. Eran de la ciudad isleña de Cos e indudablemente habían sido capturadas en el mar tras haber incendiado y hundido su navío. Sus considerables encantos quedaban más que expuestos para la tasación de los compradores que se acercaban hasta allí. Las muchachas estaban encadenadas por el cuello y sus muñecas esposadas a la espalda con brazaletes de esclavas. Permanecían arrodilladas en la posición de las esclavas de placer. Cuando un posible comprador se detenía delante de una muchacha, uno de los barbudos sinvergüenzas de Puerto Kar la azotaba con un látigo y ella alzaba la cabeza y repetía aturdida la frase ritual de la esclava que está siendo evaluada: «Cómprame, amo». Habían pensado que llegarían a Sardar como mujeres libres, cumpliendo con su obligación para con los reyes sacerdotes. Sin embargo, se marcharían de allí como esclavas. Me di la vuelta.

Era con los reyes sacerdotes con quienes tenía asuntos que tratar.

Así era, había ido a las montañas Sardar para encontrarme con los legendarios reyes sacerdotes, cuyo poder sin igual influía inextricablemente en los destinos de las ciudades y hombres de la Contratierra.

Hay quienes dicen que los reyes sacerdotes tienen conocimiento de todo lo que sucede en su mundo y que con solo levantar una mano pueden convocar a todos los poderes del universo. Yo mismo había sido testigo de ese poder y sabía que esos seres existían. Había viajado en una nave de los reyes sacerdotes que me había traído dos veces a este mundo; había visto un poder tan sutil que podía alterar el movimiento de la aguja de una brújula y al mismo tiempo tan terrible que podía destruir una ciudad, sin dejar siquiera tras de sí las piedras de lo que otrora había sido morada de hombres.

También hay quienes dicen que ni las complejidades físicas del cosmos ni las emociones de los seres humanos quedan fuera del alcance de su poder, que para ellos es como si los sentimientos de los hombres y el movimiento de los átomos y las estrellas fueran la misma cosa, que pueden controlar las fuerzas de gravedad e influir sin ser percibidos en los corazones de los seres vivos, pero pongo en duda esta última afirmación, pues en una ocasión, en una carretera de camino a Ko-ro-ba, mi ciudad, conocí a un hombre que había sido mensajero de los reyes sacerdotes, un hombre que había sido capaz de desobedecerlos, un hombre de cuyo cráneo quemado y destrozado yo había extraído una pequeña red de fino alambre dorado.

Había sido destruido por los reyes sacerdotes con total indiferencia, como quien se sobresalta cuando se le suelta la correa de una sandalia. Había desobedecido y había sido por ello destruido, de manera fulminante y con una rapidez grotesca, pero lo importante era que había desobedecido, que podía desobedecer, que había sido capaz de desobedecer y escoger la ignominiosa muerte que sabía le esperaba. Había ganado su libertad aunque esta, como dicen los goreanos, le hubiera conducido hasta la ciudad del Polvo adonde, en mi opinión, ni siquiera los reyes sacerdotes se molestarían en seguirlo. Él, como hombre, había alzado su puño contra el poder de los reyes sacerdotes y por ello había muerto, desafiante, terriblemente, pero con gran nobleza.

Pertenezco a la casta de los guerreros y nuestros códigos dicen que la única muerte adecuada para un hombre es en la batalla, pero ya no puedo creer que eso sea cierto, pues el hombre que una vez conocí en la carretera a Ko-ro-ba tuvo una muerte digna, y eso me enseñó que toda la sabiduría y la verdad no siempre se encuentran en mis códigos.

El asunto que debo tratar con los reyes sacerdotes es sencillo, como la mayoría de las cuestiones de honor y sangre. Por algún motivo que me es ajeno, han destruido mi ciudad, Ko-ro-ba, y dispersado a sus habitantes. No he podido averiguar la suerte que ha corrido mi padre, mis amigos, mis compañeros guerreros y mi amada Talena, hija de Marlenus, otrora ubar de Ar. Mi dulce, fiera, salvaje, cariñosa y bella amada, mi compañera libre, mi Talena, ubara eterna de mi corazón, la llama que siempre arde en la dulce y solitaria oscuridad de mis sueños. Sí, tengo asuntos que tratar con los reyes sacerdotes.

En las montañas Sardar

Contemplé la larga y ancha avenida que finalizaba en la enorme puerta de madera y, tras esta, los negros peñascos de las inhóspitas montañas Sardar.

No me llevó mucho tiempo adquirir un pequeño paquete con provisiones para adentrarme en las montañas, ni tampoco me costó encontrar un escriba a quien confiar mi relato de los hechos acontecidos en Tharna. No le pregunté su nombre ni él a mí el mío. Conocía a los de su casta y él a los de la mía, y eso bastaba. No podía leer el manuscrito, pues estaba escrito en inglés, un idioma tan desconocido para él como lo sería el goreano para la mayoría de vosotros, pero aun así lo atesoraría y guardaría como si de su más preciada posesión se tratara, pues era un escriba y los escribas aman y protegen la palabra escrita. Y aunque pudiera leer el manuscrito, qué importaba. Quizá alguien pudiera hacerlo algún día, y entonces las palabras que habían mantenido su secreto durante tanto tiempo revelarían finalmente el misterio de la comunicación y lo que yo había escrito sería escuchado y comprendido.

Al fin llegué a la imponente puerta de troncos negros unidos con anchas bandas de latón. Ante mí, las montañas Sardar; a mis espaldas, la feria. Mis ropas y escudo carecían de insignia alguna, pues mi ciudad había sido destruida. Llevaba el casco puesto. Nadie sabría quién iba a adentrarse en las montañas.

En la puerta fui recibido por un miembro de la casta de los iniciados, un hombre adusto y demacrado, de finos labios y ojos hundidos, que vestía las níveas vestiduras de su casta.

—¿Deseas hablar con los reyes sacerdotes? —preguntó.

—Sí —contesté.

—¿Sabes lo que estás haciendo? —preguntó.

—Sí —respondí.

El iniciado y yo nos miramos durante un instante y, a continuación, él se echó a un lado, como debía de haber hecho en numerosas ocasiones. Yo, por supuesto, no era el primero que se adentraba en las montañas Sardar. Muchos hombres, y a veces mujeres, se habían adentrado en esas montañas, pero se desconoce qué fue lo que encontraron. En ocasiones esos individuos son jóvenes idealistas, rebeldes y abanderados de causas perdidas que desean protestar ante los reyes sacerdotes; en otras se trata de ancianos o enfermos que están cansados de vivir y desean morir; también personas lastimosas, astutas o atemorizadas que creen que van a encontrar el secreto de la inmortalidad en esos riscos yermos; a veces se trata de proscritos que intentan escapar de la rigurosa justicia de Gor con la esperanza de encontrar al menos un breve refugio en los crueles y misteriosos dominios de los reyes sacerdotes, un lugar en el que saben que ningún magistrado o vengativo guerrero se adentrará. Supongo que el iniciado consideró que yo era uno de estos últimos, pues en mi vestimenta no había ninguna insignia.

Me dio la espalda y se dirigió a un pequeño pedestal en un lateral. Sobre este se hallaba una especie de cuenco de plata, lleno de agua, una ampolla de aceite y una toalla. Humedeció los dedos en el cuenco, vertió un poco de aceite en sus manos, mojó los dedos de nuevo y a continuación se secó las manos.

A cada lado de la enorme puerta había un cabrestante y una cadena, y a cada cabrestante estaba encadenado un grupo de esclavos enceguecidos.

El iniciado dobló cuidadosamente la toalla y la colocó de nuevo sobre el pedestal.

—Que la puerta se abra —dijo.

Los esclavos presionaron obedientemente su peso contra las barras de madera de los dos cabrestantes. La madera crujió y las cadenas se tensaron. Sus pies desnudos resbalaban en la mugre y tuvieron que empujar con más fuerza las pesadas y obstinadas barras. Sus cuerpos se encorvaron doloridos sobre las barras, sus ciegos ojos fijos en la nada. Los vasos sanguíneos de sus cuellos, piernas y brazos comenzaron a hincharse hasta tal punto que temí que reventaran y que la sangre se abriera paso por entre su piel torturada; los músculos agonizantes de sus tensos y nudosos cuerpos, cual cuero hinchado, parecían rebosantes de dolor, como si este fuera un fluido; su piel pareció fusionarse con la madera de las barras; la parte posterior de sus ropas fue decolorándose por el sudor escarlata. Aquellos hombres se habían dejado los huesos en las barras de madera de los cabrestantes de Sardar.

Finalmente se escuchó un crujido y se abrió en el enorme portal una rendija del tamaño de una mano, a continuación del ancho de un hombro y después del ancho del cuerpo de un hombre.

—Es suficiente —dije.

Entré de inmediato.

Cuando hube entrado, escuché el lastimero tañido de la enorme y hueca barra de metal situada a cierta distancia de la puerta. Había escuchado ese tañido antes, y sabía que significaba que otro mortal se había adentrado en las montañas Sardar. Era un sonido deprimente, más si cabe en esta ocasión, pues era yo quien accedía a las montañas. Mientras lo escuchaba, pensé que la función de la barra bien podía ser no solo la de informar a los hombres de la feria de que alguien se había adentrado en las montañas, sino también a los reyes sacerdotes.

Volví la vista atrás en el preciso instante en que la puerta se cerraba. Se cerró sin un ruido.

El viaje a la sala de los reyes sacerdotes no era tan complicado y difícil como había supuesto. En algunos puntos había senderos erosionados, en otros, escalones parejos tallados en las laderas de las montañas, peldaños desgastados durante miles de años por incontables pisadas.

Huesos, huesos humanos, yacían desperdigados en algunos puntos del camino. Desconocía si eran restos de hombres que habían muerto de hambre o frío en las yermas montañas Sardar o si por el contrario habían sido destruidos por los reyes sacerdotes. De vez en cuando encontraba algún mensaje arañado o grabado en las escarpas casi verticales que había junto al sendero. Algunos de estos mensajes eran soeces, maldiciones a los reyes sacerdotes; otros eran panegíricos y alabanzas a estos; algunos eran alegres, si bien de una manera un tanto pesimista. Recuerdo que uno rezaba: «Come, bebe y sé feliz. El resto no importa». Otros eran más bien simples y, en ocasiones, tristes, tales como: «No hay comida», «Tengo frío», «Lo siento». Uno de los mensajes decía: «Las montañas están vacías. Te amo, Rena». Me pregunté quién lo había escrito y cuándo. La inscripción había sido escrita en goreano antiguo y estaba desgastada, erosionada por el transcurso de quizá más de mil años. Pero yo sabía que las montañas no estaban vacías, pues tenía pruebas de la existencia de los reyes sacerdotes. Proseguí con mi viaje.

No me topé con ningún animal, ni con ningún ser vivo, nada salvo interminables rocas negras, negros acantilados y el sendero trazado en la roca negra que se alzaba ante mí. Poco a poco el aire fue tornándose más frío y comenzaron a caer copos de nieve a mi alrededor; empezó a formarse

escarcha en los peldaños y caminé con dificultad por entre grietas llenas de hielo que quizá llevara siglos sin derretirse. Me cubrí bien con la capa y usé mi lanza como bastón para ayudarme en el ascenso.

Tras cuatro días en las montañas, escuché por vez primera el sonido de algo que no fuera el viento, el susurro de la nieve o el crujido del hielo; era el sonido de un ser vivo; el sonido de un larl de las montañas.

El larl es un depredador provisto de grandes garras y colmillos, y de gran tamaño, superior en ocasiones a los dos metros de largo. Creo que es justo decir que son sobre todo felinos; su gracilidad y fuerza sinuosa me recuerdan a los felinos de mi antiguo mundo; más pequeños sí, pero igualmente temibles.

Supongo que esta semejanza se debe a los mecanismos de la evolución convergente, pues ambos animales han evolucionado conforme a las exigencias de la caza, a la necesidad de acercarse a la presa de manera sigilosa y atacarla de manera inmediata, así como a la necesidad de poseer una rapidez y fuerza letales y devastadoras. Si existiera una configuración óptima de un depredador terrestre, supongo que en mi antiguo mundo sería el tigre de Bengala el que se llevaría la palma, pero en Gor ese premio recaería indiscutiblemente en el larl de las montañas; es por ello por lo que considero que las similitudes estructurales entre los dos animales, aunque pertenecientes a mundos distintos, son algo más que una coincidencia accidental.

La cabeza del larl es ancha, en ocasiones llega a superar el medio metro de ancho, y tiene forma triangular, lo que le concede al cráneo la apariencia de una víbora, salvo por el pelaje y las pupilas de sus ojos, que son como los de los felinos: afilados y cortantes cuchillos por el día, oscuras e inquisitivas lunas durante la noche.

La piel del larl es por lo general de color pardo rojizo o negro azabache. El larl negro, predominantemente nocturno, posee pelaje, tanto el macho como la hembra. El larl rojo, que caza cuando está hambriento, en cualquier momento del día, es el más común y carece de pelaje. Las hembras de las dos clases suelen ser por lo general de menor tamaño que los machos, pero tan agresivas como estos y en ocasiones más peligrosas incluso, especialmente a finales de otoño y en invierno, cuando salen a cazar para sus cachorros. En una ocasión maté a un larl rojo en la cordillera Voltai, a escasos pasangs de la ciudad de Ar.

Al escuchar el gruñido de semejante bestia, eché hacia atrás la capa, alcé mi escudo y sostuve con firmeza la lanza. Me había desconcertado encontrar un larl en las montañas. ¿Cómo había llegado hasta allí? Quizá fuera autóctono. Pero ¿cómo podía vivir entre esos peñascos áridos? Hasta el

momento no había visto nada que pudiera cazar, salvo los hombres que se habían adentrado en las montañas, pero sus huesos, desperdigados, pálidos y congelados, no estaban rotos ni astillados; no mostraban signos de haber sufrido el acoso de las fauces lacerantes del larl. Fue entonces cuando comprendí que el larl que había oído tenía que ser un larl de los reyes sacerdotes, pues ningún animal u hombre se adentra o vive en las montañas Sardar sin el consentimiento de estos. Si ese larl era alimentado, sería por los reyes sacerdotes o sus sirvientes.

A pesar de mi odio hacia los reyes sacerdotes, no pude sino admirarlos. Ninguno de los hombres que viven a la sombra de las montañas, los mortales, había logrado domar a un larl. Incluso algunos cachorros de larl encontrados y criados por hombres, al alcanzar la mayoría de edad, habían llegado a dar muerte a sus amos, durante la noche, bajo las tres lunas de Gor, apoderados por un repentino ataque de ira, y se habían marchado de las moradas de los hombres, poseídos por instintos desconocidos para mí, en busca de las montañas en las que habían nacido. Conozco el caso de un larl que recorrió más de dos mil quinientos pasangs para buscar cierta grieta hueca en la cordillera Voltai en la que había nacido. Fue asesinado en la abertura de la grieta. Los cazadores lo habían seguido. Uno de ellos, un anciano que había formado parte del grupo que había capturado al animal, identificó el lugar.

Avancé con la lanza dispuesta para ser arrojada y mi escudo preparado para proteger mi cuerpo de la agonía de la bestia en caso de que mi lanzamiento diera en el blanco. Mi vida estaba en mis manos y estaba contento de que así fuera. No podría ser de otro modo.

Sonreí para mis adentros. Era primer lancero, puesto que no había nadie más.

En la cordillera Voltai, los cazadores, generalmente de Ar, atacan al larl con la poderosa lanza goreana. Normalmente lo hacen formando una única fila y el que la encabeza es denominado primer lancero, pues él será el primero en arrojar su lanza. Tan pronto como la arroja, se tira al suelo y cubre su cuerpo con su escudo, como hacen sucesivamente los hombres que tiene detrás. Esto permite que cada uno de los hombres haga un lanzamiento limpio y les proporciona cierta protección una vez han lanzado el arma.

El motivo más importante, sin embargo, queda patente cuando se conoce el papel que desempeña el último hombre de la fila, el último lancero. Una vez el último lancero ha lanzado su arma no puede tirarse al suelo. Si lo hiciera y alguno de sus compañeros sobreviviera, lo matarían. Pero eso rara vez sucede, pues los cazadores goreanos temen más a la cobardía que a las

garras y colmillos de los larls. El último lancero debe permanecer en pie y si la bestia aún sigue con vida, recibe su ataque con tan solo una espada. No se tira al suelo para permanecer en el campo de visión del larl y ser así el objeto de su ataque enfurecido. De esa forma, en caso de que la lanza no alcance su objetivo, sacrifica su vida por sus compañeros que, durante el ataque del larl, pueden escapar. Puede parecer cruel, pero, a largo plazo, el número de pérdidas humanas se reduce; como dicen los goreanos, mejor que muera un hombre a que mueran muchos.

El primer lancero es por lo general el mejor, pues si el larl no muere o no queda gravemente herido en el primer ataque, las vidas de todos, y no solo la del último lancero, correrán serio peligro. Aunque quizá pueda resultar paradójico, el último lancero es el menos hábil de todos, el menos diestro. Si esto se debe a que la tradición goreana de la caza favorezca al débil, protegiéndolo con las lanzas más poderosas o a que, por el contrario, lo menosprecia, considerándolo el miembro más prescindible del grupo, es algo que desconozco. El origen de esta modalidad de caza se pierde en la antigüedad. Quizá sea tan antigua como los hombres, las armas y los larls.

En una ocasión le pregunté a un cazador goreano que conocí en Ar por qué cazaban larls. Jamás olvidaré su respuesta: «Porque es hermoso. Y peligroso. Y porque somos goreanos».

Todavía no había visto al animal cuyo rugido había oído. El sendero se torcía unos metros más allá. Medía menos de un metro de ancho y avanzaba pegado al lateral de una escarpa casi vertical, mientras que a mi izquierda había un escarpado precipicio. La caída debía de ser de al menos un pasang. Recordé que las rocas que había abajo eran enormes, pero desde la altura en que me encontraba en esos momentos, parecían granos de arena negra. Deseé que la escarpa estuviera a mi izquierda en vez de a mi derecha para tener una mejor posición de lanzamiento.

El sendero era empinado, pero su ascenso se aligeraba de tanto en tanto por elevados escalones. Nunca me ha importado tener a un enemigo encima de mí, ni tampoco en ese momento, pero me dije a mí mismo que mi lanza encontraría un punto débil con más facilidad si el larl me atacara desde abajo que si se encontrara arriba y solo pudiera alcanzarlo en el cuello. Desde arriba intentaría romperle las vértebras. El cráneo del larl es mucho más difícil de alcanzar, pues está en constante movimiento. Además, posee una discreta protuberancia ósea que le recorre desde las cuatro hendiduras nasales hasta el inicio de la columna vertebral. Esa protuberancia sí puede ser atravesada por una lanza, pero un lanzamiento imperfecto la desviaría a la mejilla del animal, causándole una herida cruel pero carente de

importancia. Por otro lado, si yo me encontrara debajo del larl, podría tener a tiro, aunque solo durante un breve instante, el enorme y palpitante corazón de ocho válvulas situado en la parte central de su pecho.

Mi corazón, a su vez, dio un brinco cuando escuché otro rugido, esta vez de una segunda bestia.

Solo tenía una lanza.

Podía matar a un larl, pero entonces tendría una muerte casi segura en las fauces de su compañero.

Por algún motivo, yo no temía a la muerte, estaba enfadado ante la posibilidad de que esas bestias pudieran impedir mi encuentro con los reyes sacerdotes de Gor.

Me pregunté cuántos hombres se habrían dado la vuelta en ese punto, y recordé los innumerables huesos pálidos y congelados de los acantilados. Se me pasó por la cabeza marcharme y regresar cuando las bestias se hubiesen ido. Cabía la posibilidad de que todavía no me hubieran descubierto. Sonreí por mi estupidez al habérmelo planteado siquiera, pues las bestias que me esperaban tenían que ser larls de los reyes sacerdotes, guardianes de la fortaleza de los dioses de Gor.

Desenfundé la espada y seguí avanzando.

Finalmente, llegué a la curva del sendero y me preparé para el inminente momento en que tendría que gritar para sobresaltarlos y al mismo tiempo arrojar mi lanza al larl más cercano y abalanzarme sobre el otro con mi espada.

Vacilé un instante y, a continuación, el fiero grito de guerra de Ko-ro-ba salió de mis labios al frío aire de las montañas Sardar y eché a correr con el brazo de la lanza en posición de lanzamiento y mi escudo en alto.

3

Parp

De repente se escuchó un ruido de cadenas y vi a dos enormes larls blancos inmóviles, momentáneamente paralizados mientras me observaban, y entonces, en menos de un instante, ambas bestias se volvieron y se abalanzaron enfurecidas sobre mí.

Mi lanza no había abandonado mi mano.

Los dos animales se detuvieron en seco cuando sus poderosas cadenas, unidas a collares de acero enjoyado, pusieron fin a su salvaje ataque. Uno de los larls cayó de espaldas por la violencia de su embestida, y el otro se cernió amenazante sobre mí cual gigantesco semental encabritado. Sus enormes garras rasgaron el aire mientras intentaba zafarse del collar que lo alejaba de mí.

Con las cadenas extendidas se agacharon, rugiendo, mirándome con fiereza y levantando las garras como si intentaran así acercarme al alcance de sus temibles fauces.

Yo estaba quieto, estupefacto, aunque tuve la precaución de mantenerme lejos del alcance de sus cadenas, pues nunca antes había visto a un larl blanco.

Eran bestias enormes, magníficos especímenes de quizá dos metros y medio de largo.

Los colmillos superiores, cual dagas en sus mandíbulas, debían de medir cerca de treinta centímetros de largo y se prolongaban hasta la mandíbula inferior de manera similar a los de los tigres de dientes de sable. Los cuatro orificios nasales de cada animal resoplaban y sus enormes pechos se elevaban y contraían a causa de tan excitada respiración. Sus colas, largas y cubiertas de pelaje, se movían de un lado a otro.

El más grande, de inmediato, pareció perder su interés en mí. Se incorporó y olisqueó el aire, dándome la espalda, aparentemente dispuesto a abando-

nar toda intención de hacerme daño. Solo un instante después comprendí qué estaba ocurriendo, pues se volvió de repente y, de costado y con el rostro mirando en la otra dirección, abalanzó sus patas traseras hacia mí. Alcé el escudo. Horrorizado, comprobé que, al cambiar su posición con respecto a la cadena, había logrado añadir cerca de seis metros al atroz perímetro del espacio a él adjudicado por aquel odioso impedimento. Dos garras golpearon mi escudo y me lanzaron seis metros contra la escarpa. Rodé y retrocedí, pues el ataque del larl me había colocado en el radio de su compañero. El ataque de las garras del segundo larl rasgó la parte posterior de mi capa y vestiduras.

Me puse en pie con dificultad.

—Bien hecho —le dije al larl.

A duras penas había logrado escapar con vida.

Las dos bestias eran en esos momentos presas de una ira que empujaba su furia anterior, pues percibían que no volvería a acercarme lo suficiente como para repetir su primitiva estratagema. Yo admiraba a los larls, pues me parecían bestias inteligentes. Sí, me dije a mí mismo, bien hecho.

Observé mi escudo y vi diez anchos surcos que recorrían la superficie reforzada con latón. Sentía la espalda húmeda de la sangre causada por las garras del segundo larl. Debería haber sentido calor, pero lo que tenía era frío. Sabía que se me estaba congelando la espalda. No tenía otra opción que continuar, como fuera, si es que podía. Sin algo tan básico como hilo y aguja, probablemente me congelaría. En las montañas Sardar no había madera con la que hacer un fuego.

Sí, me repetí con denuedo, mientras miraba con hostilidad, aunque sonriente, a los larls. *Bien hecho, muy bien hecho.*

Entonces escuché el sonido de cadenas y vi que las dos cadenas que aprisionaban a los larls no estaban enganchadas a aros en la piedra, sino que estaban desapareciendo por entre unas aperturas circulares. Las cadenas se estaban tensando lentamente, para obvia frustración de las bestias.

El lugar en el que me encontraba era mucho más ancho que el sendero que había recorrido, pues este había concluido de manera repentina en una enorme zona circular, donde había encontrado a los larls encadenados. Una parte de esta área estaba formada por la pronunciada escarpa que había estado a mi derecha y que en esos momentos era más bien curva; el otro lado, a mi izquierda, quedaba parcialmente abierto a la aterradora caída, pero también estaba cercado por otra escarpa, la ladera de una segunda montaña, que se alzaba sobre la montaña por la que había ascendido. Las aperturas circulares

por las que se habían retraído las cadenas de los larls se hallaban en esas dos escarpas verticales. Conforme las cadenas se fueron replegando, los larls, sin dejar de rugir, fueron arrastrados a lados opuestos, dejando un pasillo, si es que podía llamarse pasillo a eso, entre los dos. Sin embargo, ese pasillo solo conducía, hasta donde podía ver, a una pared rocosa lisa. Aun así, supuse que aquel muro que no parecía poroso debía de albergar el portal a la sala de los reyes sacerdotes.

Cuando las bestias habían sentido el tirón de las cadenas se habían replegado a las escarpas sin parar de rugir. En esos momentos estaban tumbadas y sus cadenas ya no eran más que unas enormes correas. Pensé que la nivea blancura de su pelaje era hermosa. Sus gruñidos guturales me amenazaban y, de vez en cuando, alzaban las zarpas, pero ya no hacían esfuerzo alguno por zafarse de los lúgubres collares enojados que los aprisionaban.

No tuve que esperar demasiado pues, unos instantes después, quizá no más de diez ihns goreanos, una sección de la pared rocosa rodó en silencio hacia arriba y hacia atrás, con lo que reveló un pasadizo de piedra de menos de tres metros cuadrados.

Vacilé, pues no sabía si se aflojarían las cadenas de los larls una vez me hallara entre ellos. ¿Cómo podía saber qué me esperaba en aquel oscuro y silencioso pasadizo? Mientras permanecía allí, dubitativo, me percaté de un movimiento en el interior del pasadizo que se fue tornando en una figura menuda y rechoncha vestida de blanco.

Para mi sorpresa, un hombre salió del pasadizo y pestañeó bajo la luz del sol. Portaba vestiduras blancas similares a las de los iniciados. Llevaba sandalias. Sus mejillas estaban sonrosadas y era calvo. Tenía largas patillas que destacaban alegremente en su rostro redondo. Pequeños y brillantes ojos centelleaban bajo unas cejas blancas y espesas. Lo que más me sorprendió era que sostenía una pipa redonda y pequeña de la que salía una voluta de humo. En Gor se desconoce la existencia del tabaco, aunque en su lugar hay otros hábitos o vicios, en concreto la estimulación que proporciona masticar las hojas de la planta de Kanda, cuyas raíces, cuando se extraen y se dejan secar, constituyen un veneno muy mortífero.

Observé con detenimiento a aquel caballero menudo y rechoncho en el marco tan incongruente que conformaba el enorme portal de piedra. Me resultaba imposible creer que fuera peligroso, que estuviera relacionado de algún modo con los temibles reyes sacerdotes de Gor. Era demasiado jovial, demasiado cándido e ingenuo, demasiado franco, y parecía contento de verme. Resultaba difícil no sentirse atraído; me caía bien, aunque acabara

de conocerlo; y me di cuenta de que quería caerle bien y que sentía que así era, y eso me alegró.

Si hubiera visto a ese hombre en mi mundo, a ese caballero menudo, rechoncho y jovial con su rubicunda tez y alegres modales, habría pensado que sin duda se trataba de un hombre inglés, y del tipo que rara vez se ve en los tiempos que corren. Si alguien se hubiera topado con él en el siglo XVIII, lo habría podido tomar por un señorito altanero, alegre y juerguista que se sabe la sal de la tierra, de los que toman el pelo a los párrocos y dan pellizcos a las doncellas; en el siglo XIX habría sido el propietario de una librería de libros antiguos. Trabajaría en un elevado escritorio pasado de moda, guardaría el dinero en un calcetín y lo distribuiría de manera indiscriminada a todo aquel que se lo pidiera y leería en público a Chaucer y Darwin para escandalizar a las clientes féminas y al clero local; en mis tiempos un hombre así solo podría ser profesor de universidad, pues pocos refugios más salvo la riqueza quedan en mi mundo para hombres como él; podía imaginarlo arrellanado en una butaca de universidad, lo suficientemente adinerado como para sufrir de gota, disfrutando de su puesto permanente, fumando de aquella pipa, entendido en cervezas y castillos, aficionado a las canciones de taberna isabelinas un tanto subidas de tono que consideraba era su deber legar, piadosamente, como parte de su rica herencia literaria, a generaciones de recientes graduados de Eton y Harrow. Sus diminutos ojos me observaban centelleantes.

Me sobresalté al ver que sus pupilas eran rojas.

Cuando me sobresalté, un momentáneo gesto de irritación se apoderó de sus facciones, pero en un segundo regresó su yo afable, sonriente y animado.

—Entra, entra —dijo—. Entra, Cabot. Te estábamos esperando.

Sabía mi nombre.

¿Quiénes me estaban esperando?

Claro que sabía mi nombre, no podía ser de otra manera, y aquellos que me estaban esperando serían los reyes sacerdotes de Gor.

Me olvidé de sus ojos pues, por algún motivo, ese detalle no me pareció importante en ese momento. Supongo que pensé que no lo había visto bien. Pero no había sido así. El hombre se había adentrado ya en la oscuridad del pasadizo.

—¿Vienes? —preguntó.

—Sí —respondí.

—Mi nombre es Parp —dijo mientras se alejaba. Dio una calada a la pipa—. Parp —repitió, fumando de nuevo.

No había extendido la mano.

Lo miré sin hablar.

Me parecía un nombre extraño para un rey sacerdote. No sé qué me había esperado. Pareció percibir mi desconcierto.

—Sí —dijo el hombre—. Parp. —Se encogió de hombros—. No es un nombre muy normal para un rey sacerdote, pero yo tampoco soy un rey sacerdote normal. —Rió entre dientes.

—¿Eres un rey sacerdote? —pregunté.

De nuevo el gesto contrariado.

—Por supuesto —dijo.

Me dio la sensación de que mi corazón dejaba de latir.

En ese momento uno de los larls rugió. Me estremecí pero, para mi sorpresa, el hombre que se hacía llamar Parp agarró la pipa con la mano y pareció dar un brinco del susto. En un instante ya estaba bastante recuperado. Me resultó extraño que un rey sacerdote temiera a un lar.

Sin esperar a ver si lo seguía, se giró y avanzó por el pasadizo.

Cogí mis armas y lo seguí. Solo el rugido sordo de los resentidos larls de las montañas al pasar junto a ellos me convenció de que no podía estar soñando. Había llegado a la sala de los reyes sacerdotes.

La sala de los reyes sacerdotes

Mientras seguía al hombre que se hacía llamar Parp por el pasadizo de piedra, el portal se cerró tras de mí. Recuerdo haber contemplado una última vez las montañas Sardar, el sendero por el que había ascendido, el cielo frío y azul y dos níveos larls, encadenados a ambos lados de la entrada.

Mi anfitrión no habló, sino que encabezó la marcha a buen ritmo mientras volutas casi constantes de humo provenientes de su pipa pequeña y redonda rodeaban su calva y sus patillas de boca de hacha, y permanecían flotando en el pasadizo hasta dispersarse.

El pasadizo estaba iluminado con bombillas de energía, del tipo que había visto en el túnel subterráneo de Marlenus que atravesaba la muralla de Ar. No había nada en la iluminación del pasadizo, o en su construcción, que sugiriera que la casta de constructores de los reyes sacerdotes, si es que tal casta existía, fuera más avanzada que la de los hombres que viven a la sombra de las montañas. Asimismo, el pasadizo carecía de ornamentación, no había mosaicos ni tapices con los que los goreanos, grandes amantes del arte, acostumbran a glorificar los lugares que habitan. Los reyes sacerdotes, hasta donde yo podía decir, no tenían arte. Quizá lo consideraran una excrecencia inútil que distrae de los valores de la vida más serios, tales como, supongo, el estudio, la meditación y la manipulación de las vidas de los hombres.

Observé que el pasadizo que estaba recorriendo estaba muy erosionado. Había sido pulido por las sandalias de innumerables hombres y mujeres que habían pisado por donde yo estaba caminando en esos momentos, quizá miles de años atrás, o quizá el día anterior, o esa misma mañana.

Después llegamos a una enorme sala. Era sencilla, pero su increíble tamaño poseía una grandeza majestuosa e inclemente.

Me detuve a la entrada de aquella sala, o cámara, invadido por una sensación de sobrecogimiento.

Estaba a punto de entrar en lo que parecía una enorme y perfecta cúpula cuyo diámetro no podía ser inferior a los novecientos metros. Me alegró contemplar que la parte superior era una curvatura brillante de cierta sustancia transparente, quizá un vidrio o plástico especial, pues ningún vidrio o plástico que yo conociera podría resistir la presión y el peso generado por tal estructura. Tras la cúpula pude contemplar el para mí más que bienvenido cielo azul.

—Entra, entra, Cabot —protestó Parp.

Lo seguí.

En aquella enorme cúpula no había nada salvo en el centro, donde se encontraba una elevada tarima y, sobre esta, un trono de gran tamaño tallado a partir de un solo bloque de piedra.

Pareció llevarnos bastante tiempo llegar hasta la tarima. Nuestras pisadas resonaron huecas sobre el suelo de piedra. Finalmente llegamos.

—Espera aquí —dijo Parp, que señaló la zona exterior a un círculo embaldosado que rodeaba la tarima.

No me situé en el punto exacto que me señaló, sino a cierta distancia, aunque sí permanecí fuera del círculo embaldosado.

Parp ascendió, sin dejar de fumar, los nueve peldaños de la tarima y subió al trono. Conformaba un extraño contraste con la severa majestuosidad del asiento sobre el que se había encaramado. Los pies, ataviados con sandalias, no le llegaban al suelo, e hizo una mueca mientras se colocaba en el trono.

—Francamente —dijo Parp—, creo que cometimos un error al sacrificar ciertas comodidades de los mortales aquí en las Sardar. —Intentó encontrar una postura que lo satisficiera—. Por ejemplo, un cojín no quedaría muy fuera de lugar en un trono así, ¿no te parece, Cabot?

—En un trono así estaría fuera de lugar —dije.

—Ah, sí —suspiró Parp—. Supongo que sí.

Entonces, con rapidez, Parp golpeó su pipa un par de veces contra un lateral del trono. Cenizas y restos de tabaco sin fumar quedaron desperdigados por el suelo de la tarima.

Lo observé sin moverme.

A continuación, comenzó a revolver en la bolsa que le colgaba del cinturón y sacó un sobre de plástico. Lo contemplé detenidamente, fijándome en todos y cada uno de sus movimientos. Fruncí el ceño cuando vi que sacaba una pizca de tabaco de la bolsa y rellenaba la pipa. Después siguió

rebuscando en la bolsa y sacó un objeto plateado, estrecho y cilíndrico. Durante un instante pareció estar apuntándome a mí.

Alcé mi escudo.

—¡Por favor, Cabot! —dijo Parp con cierta impaciencia. Usó el objeto plateado para encenderse la pipa.

Me sentí como un estúpido.

Parp comenzó a aspirar con satisfacción el nuevo suministro de tabaco. Tuvo que girarse un poco en el trono para mirarme, pues yo había optado por no colocarme en el lugar que me había sugerido.

—Desearía que te mostraras más dispuesto a cooperar —dijo.

Di unos golpes en el suelo con la base de mi lanza y finalmente me coloqué donde me había indicado.

Parp se rió entre dientes y expulsó el humo.

Yo no hablé y él dio otra calada. A continuación volvió a limpiar la pipa como hacía unos instantes, golpeándola contra el lateral del trono, y procedió a rellenarla de nuevo. La encendió una vez más con el pequeño objeto plateado y se recostó en el trono. Alzó la vista a la cúpula, tan lejos, y observó que el humo ascendía lentamente formando espirales.

—¿Has tenido un buen viaje por las montañas Sardar? —preguntó Parp.

—¿Dónde está mi padre? —pregunté—. ¿Qué ha sido de la ciudad de Koro-ba? —Se me ahogó la voz—. ¿Qué ha sido de Talena, mi compañera libre?

—Espero que hayas tenido un buen viaje —dijo Parp.

Comencé a sentir cómo la ira se abría paso por entre mis venas cual vides carmesíes y candentes.

Parp pareció no inmutarse.

—No todo el mundo tiene un buen viaje —dijo Parp.

Mi mano se aferró con fuerza a la lanza.

Empecé a sentir cómo el odio que había acumulado durante años contra los reyes sacerdotes crecía de manera incontrolable, lenta y violentamente en mi cuerpo, vides salvajes y fieras de mi furia que en esos momentos parecieron rodearme, cubrirme, engullirme, crecer, bullir, retorcerse en llamas sobre mi cuerpo y ante mis ojos en el aire turbulento y consumido que me separaba de aquella criatura y grité:

—¡Dime lo que quiero saber!

—La dificultad fundamental con la que se encuentra aquel que viaja a las montañas Sardar —prosiguió Parp— es tal vez el duro entorno. Por ejemplo, las inclemencias del tiempo, sobre todo en invierno.

Alcé la lanza. Mis ojos debían de lucir una expresión terrible por las aberturas de mi casco, fijos en el corazón del hombre que estaba sentado en el trono.

—¡Dímelo! —grité.

—Los larls también —continuó Parp— son un obstáculo considerable.

Grité con furia y avancé con grandes pasos para arrojarle la lanza; contuve el llanto y la retuve en mi mano. No podía asesinarlo.

Parp expulsó el humo, sonriente.

—Eso ha sido muy sensato por tu parte —dijo.

Lo miré con resentimiento. Mi ira había desaparecido. Me sentía impotente.

—No puedes hacerme daño, lo sabes, ¿verdad? —dijo Parp.

Lo miré con extrañeza.

—No —dijo—. Vamos, si lo deseas, arroja tu lanza.

Cogí el arma y la lancé a la base de la tarima. Se produjo una repentina explosión de calor y, tambaleándome, caí hacia atrás. Moví la cabeza para que desaparecieran las estrellas escarlata que parecían sucederse ante mis ojos a gran velocidad.

En la base había algo de hollín y algunas gotas de bronce derretido.

—¿Ves? —dijo Parp—. No me habría alcanzado.

En ese momento comprendí el propósito del círculo embaldosado que rodeaba el trono.

Me quité el casco y arrojé mi escudo al suelo.

—Soy tu prisionero —dije.

—Tonterías —dijo Parp—. Eres mi invitado.

—Seguiré con mi espada —dije—. Si la quieres, tendrás que arrebatármela.

Parprió con alegría y su cuerpo orondo y menudo tembló sobre el pesado trono.

—Te aseguro —dijo— que no la necesito. —Me miró sonriendo—. Ni tú tampoco —añadió.

—¿Dónde están los otros? —pregunté.

—¿Qué otros? —preguntó él.

—Los otros reyes sacerdotes —dije.

—Me temo —dijo Parp— que yo soy los reyes sacerdotes. Todos ellos.

—Pero antes dijiste «Te estábamos esperando» —protesté.

—¿Lo dije? —preguntó Parp.

—Sí —dije.

—Entonces solo fue una manera de hablar.

—Ya veo —dije.

Parp parecía preocupado y distraído.

Alzó la vista a la cúpula. Estaba anocheciendo. Parecía un poco nervioso. Sus manos no dejaban de toquetear la pipa. Un poco de tabaco cayó al suelo.

—¿Me hablarás de mi padre, mi ciudad y mi amor? —le pregunté.

—Quizá —dijo Parp—, pero sin duda estarás cansado de tu viaje.

Era cierto que estaba cansado, y hambriento.

—No —dije—, hablemos ahora.

Por algún motivo Parp parecía incómodo. El cielo sobre la cúpula era en esos momentos gris y estaba ennegreciéndose. La noche goreana, a menudo oscura, bella y estrellada, parecía acercarse con presto sigilo.

En la distancia, quizá en algún pasadizo alejado de la sala de los reyes sacerdotes, escuché el rugido de un larl.

Parp pareció estremecerse en el trono.

—¿Acaso teme un rey sacerdote a los larls? —pregunté.

Parp rió, pero no con la alegría habitual en él. No alcanzaba a entender su perturbación.

—No te preocupes —dijo—. Están a buen recaudo.

—No estoy preocupado —dije mientras lo miraba fijamente.

—He de admitir —dijo Parp— que no logro acostumbrarme al jaleo que arman.

—Eres un rey sacerdote —dije—. ¿Por qué no alzas la mano y los destruyes?

—¿Y de qué sirve un larl muerto? —preguntó Parp.

No respondí.

Me pregunté por qué se me había permitido alcanzar las Sardar, encontrar la sala de los reyes sacerdotes, permanecer ante su trono.

De repente se escuchó el retumbo lejano de un gong, un sonido amortiguado pero penetrante que, desde donde quiera que se hubiera originado, llegó hasta la sala de los reyes sacerdotes.

Parp se puso en pie al instante con el rostro lívido.

—Esta conversación —dijo— toca a su fin.

Miró a su alrededor con un horror poco disimulado.

—Pero ¿qué hay de mí? —pregunté—. Soy tu prisionero.

—Mi invitado —insistió irritado Parp. A punto estuvo de caérsele la pipa. La golpeó de nuevo contra el trono y se la guardó en la bolsa que llevaba en el costado.

—¿Tu invitado? —pregunté.

—Sí —me espetó Parp mientras sus ojos miraban a todas partes—. Al menos hasta que llegue la hora de que seas destruido.

Permanecí inmóvil, sin hablar.

—Sí —repitió mientras me miraba—. Hasta que llegue la hora de que seas destruido.

Entonces, en la inminente oscuridad de la sala de los reyes sacerdotes, me miró, y durante un instante sus ojos centellearon con fiereza, cual dos

diminutos y fieros discos de bronce fundido. Sabía que mis ojos no me habían engañado antes. Su mirada no era como la mía, como la de los seres humanos. Supe entonces que Parp, fuera lo que fuera, no era un hombre.

Se volvió a escuchar de nuevo el sonido de aquel enorme y oculto gong, ese retumbar amortiguado y penetrante incluso en la inmensidad de la enorme sala en la que nos encontrábamos.

Con un grito de terror Parp miró por última vez a su alrededor y, a trompicones, se escondió tras el trono.

—¡Espera! —grité.

Pero se había ido.

Temeroso del círculo embaldosado, recorrí su perímetro hasta situarme tras el trono. No había ni rastro de Parp. Recorrí todo el círculo y de nuevo llegué al frente del trono. Cogí mi casco y lo lancé hacia la tarima. Cayó con gran estrépito en el primer escalón. Atravesé el círculo embaldosado, inofensivo una vez Parp ya no se encontraba allí.

El gong oculto y lejano sonó una vez más y de nuevo la sala de los reyes sacerdotes pareció llenarse de sus inquietantes vibraciones. Era el tercer golpe. Me pregunté por qué Parp parecía temer tanto la llegada de la noche, el sonido del gong.

Examiné con detenimiento el trono y no encontré nada que me indicara que allí hubiese una puerta, pero sabía que tenía que existir. Estaba seguro de que Parp, aunque no lo hubiera tocado, era tan palpable como tú o como yo. No podía haber desaparecido sin más.

Fuera ya era de noche.

A través de la cúpula pude ver las tres lunas de Gor y brillantes estrellas sobre estas.

Eran hermosas.

Entonces, movido por un impulso, me senté en el trono de la sala de los reyes sacerdotes, desenvainé mi espada y la coloqué sobre mis rodillas.

Recordé las palabras de Parp: «Hasta que llegue la hora de que seas destruido».

Sin motivo aparente, me eché a reír y mi risa fue la de un guerrero de Gor, plena y poderosa, valiente, y rugió en la oscura soledad de la sala de los reyes sacerdotes.